



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	<b>BEATRIZ DE LA FUENTE</b>
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	015
EXP.	008
DOC	0001
FOJAS	7
FECHA (S)	s/f

## EL PASADO INDÍGENA

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN Y LEONARDO LÓPEZ LUJÁN  
México, FCE y CM, 1996, 306 p., ils.

Por Beatriz de la Fuente

¿Por qué es tan fascinante el pasado de nuestro país? ¿Por qué nos obliga a pensarlo y repensarlo continuamente?

En México, el pasado está vivo, no es cosa muerta ni asunto del anecdotario, sino un cuerpo inmenso que se mueve en busca de preguntas y de nuevas explicaciones. Decía Ortega y Gasset que el pasado es función del futuro, y también, de los cabos dispersos de nuestro presente.

Toda pasión, por supuesto, tiene su cara luminosa y su lado oscuro. La pasión histórica de los mexicanos ha creado mitologías opresivas y ha poblado el país de fantasmas. Pero también ha servido para crear espacios de encuentro y conciliación, ha animado la vida nacional, y, lo que para mí como historiadora es más importante, ha estimulado una tradición crítica extraordinaria.

Hago estas consideraciones, acaso demasiado generales, para señalar que el libro, El pasado indígena, de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, es, desde mi punto de vista, una contribución notable a esa tradición crítica. Me parece que se

adelanta y abre brecha en la comprensión del México Antiguo, del Mundo Precolombino y de los orígenes de la civilización en América del Norte.

Enseguida hago algunas anotaciones, no necesariamente jerarquizadas, para precisar mi entusiasmo:

Los autores hacen un recuento puntual de los hechos y las aportaciones de esa "enramada cultural" constituida por las tres superáreas: Aridamérica, Oasisamérica y Mesoamérica, las cuales establecen en su conjunto el pasado indígena que nos corresponde. Todavía hoy persiste el equívoco de mencionar únicamente a Mesoamérica como el antecedente único del periodo virreinal y del México Moderno y Contemporáneo, pero cada vez es más claro que las aportaciones de las otras dos superáreas fueron definitivas para la conformación de ese complejo cultural que fue el México antiguo, un pasado que no podemos comprender sino como heterogéneo y en continuo movimiento

López Austin y López Luján reconocen que los pueblos que habitaron tales áreas en tiempos y espacios coetáneos, sucesivos y secuentes obedecen a una dinámica cuyo motor es el proceso cultural; un proceso que no se rige únicamente por cambios temporales - tal y como nos tenía acostumbrados desde hace décadas una historiografía chata- sino por variantes múltiples y multidireccionales.

No podemos seguir comprendiendo el tiempo del México Antiguo como un tiempo lineal ni a su desarrollo cultural como un proceso homogéneo. La concepción moderna de "progreso" no nos sirve mucho para entender el devenir de esos pueblos que aún manteniendo vínculos estrechos no tuvieron un desarrollo acumulativo. El tiempo de esas culturas fue, por decirlo con una imagen, un tiempo en oleaje, con olas que van y vienen y que se entrecruzan. Lo interesante es ver cómo esos tiempos interactúan entre sí. Mesoamérica no avanza ni retrocede al unísono. Entre estas culturas existe lo que los autores llaman un "núcleo duro", esto es, un principio estabilizador o eje rector que desde los tiempos antiguos fijó patrones culturales comunes al área; patrones que, no obstante, deben considerarse a la luz de circunstancias específicas.

López Austin y López Luján no olvidan el peso de las modificaciones geográficas y de los factores sociales, políticos, económicos y religiosos en el proceso cultural, y por ello han podido enriquecer notablemente la visión que teníamos del universo indígena, ya que éste deja de verse exclusivamente bajo dos parámetros -el temporal y el espacial- para ubicarse en un horizonte multidimensional.

Un mérito mayor de los investigadores es haber el análisis humanizado el análisis histórico, generalmente sofocado por la frialdad de los datos, como si todos esos procesos -el intercambio de bienes, la preponderancia militar, la expansión y retracción de ideas políticas, religiosas, etcétera- fueran posibles sin la participación de hombres concretos. Es claro que los autores no perdieron esto de vista ni al momento de diseñar la metodología del libro ni al momento de escribir el

texto. Por ejemplo, en el cuadro 1.2 de la página 67, Los periódicos mesoamericanos, la secuencia cronológica está cargada de apreciaciones vitales: se utilizan términos como surgimiento, desarrollo, poderío, presencia, en lugar de los escuetos y fríos términos con los que se alude a las fases cerámicas de las distintas áreas de Mesoamérica. De esta manera se vislumbra una realidad histórica y cronológica en lugar de etiquetas aisladas de la actividad humana de acuerdo con un programa evolutivo lineal. Los términos de Presencia (olmeca, teotihuacana y tolteca), con el cual se refieren a las "culturas protagónicas", y el de Poderío (de monte Albán, de Teotihuacán, tolteca y mexicana), conjuntados con los de desarrollo, esplendor y auge, son muy sugerentes.

El cuadro de la página 278 también es ilustrativo de lo anterior. En él se muestran los distintos criterios seguidos para la división cronológica de Mesoamérica: patrón de subsistencias = sedentarismo agrícola; relaciones de producción = jerarquización social; diferenciación campo/ciudad = urbanismo y relaciones políticas hegemónicas = regímenes superétnicos. En el cuadro se recogen -con los enunciados- además de los criterios, las ideas que los sustentan.

El texto no sólo se enriquece con estos cuadros -cuadros que me parecen son fuentes indispensables para la comprensión de Mesoamérica-, sino con una serie de mapas que proporcionan una acuciosa visión geográfica y temporal de las tres superáreas y de las distintas áreas y regiones de Mesoamérica, tal y como las

reconocemos en la actualidad: el Sureste, el Golfo, Oaxaca, el Centro, el Occidente y el Norte.

Creo que propuestas metodológicas tan coherentes como la que estructura este libro, sólo son posibles cuando los investigadores poseen un sólido aparato teórico y tienen en claro las ideas que quieren exponer. Al seguir la tradición de preclásico, clásico, epiclásico y posclásico, los autores la renuevan. En otras palabras: al sistematizar los periodos tradicionales y al agruparlos en regiones, les han conferido congruencia (al estar adheridos a un núcleo duro -el de la tradición permanente y estable) y diversidad (al estar sujetos a la recurrencia incesante de acciones interregionales),

Pero además de los aciertos metodológicos, quiero detenerme en algunos aspectos conceptuales que me parecen esenciales.

De acuerdo con López Austin y López Luján el concepto de Mesoamérica, sin negar que fue una realidad histórica, debe actualizarse tomando en cuenta tres elementos interrelacionados: "a) un patrón de subsistencia basado principalmente en las técnicas del cultivo del maíz, b) una tradición compartida creada por agricultores en el territorio estudiado, y c) una historia también común que hizo posible que dicha tradición de agricultores se fuera formando y transformando con los siglos" (p. 62). Para dar marco teórico a esta discusión, nuestros autores hacen un síntesis

admirable y analizan las ideas al respecto vertidas por Kirchhoff, Flannery, Sanders y Price, Litvak King, Matos Moctezuma, Chapman y Nalda.

Otra idea radical, que aparece desde un principio y recorre el libro como una suerte de esqueleto sustentante para comprender el pasado indígena, es la de pueblos o "culturas protagónicas", esos que marcaron de manera inequívoca no sólo su ciudad y su región, sino que abarcaron extensiones dilatadas y amplios lapsos. De tal suerte que la Presencia olmeca domina el Preclásico temprano. En cambio, los mexicas, siendo protagónicos, alcanza<sup>7</sup>, acaso por la brevedad temporal, la categoría de Poderío.

La comprensión de Mesoamérica como un entramado que con aientos dinámicos e intercambios de todo orden, se nutre, se renueva, se retrae, se acelera, supera retos o cede ante ellos, es una de las ideas más sugerentes que he leído en mucho tiempo. Es impresionante constatar cómo este conjunto de pueblos que agrupamos como Mesoamérica creó, sin contactos extraamericanos una de las civilizaciones más deslumbrantes del pasado. De ella los historiadores sólo contamos con rastros para imaginarla y comprenderla; es un proceso difícil, sin duda, pero es el más grande privilegio de nuestra profesión.

A la manera de Carlos Pellicer, que decía:

**Caballero tigre,**

**tráeme unas ramas de roble.**

**Pero que estén huracanadas,**

los historiadores no podemos pedir sosiego sino pasión intelectual. No la tranquilidad de las verdades hechas sino el entusiasmo de la duda y de las reformulaciones. El libro de López Austin y López Luján es un bello ejemplo en este sentido. Con generosidad llevan al lector no a la idea que ellos quieren imponer, sino al banquete donde las ideas se discuten, se exponen las diferentes teorías, se señalan los distintos autores y sus argumentos, se expresan los propios, y el lector mantiene siempre la capacidad de elegir.

Me entusiasmó leer -y lo hice varias veces- esta revisión crítica de las posturas teóricas acerca de los problemas cruciales de Mesoamérica. Sintetizar, como ellos lo han hecho, las más hondas hazañas del pasado indígena, con sabiduría, con coherencia, con pasión, es quizá producto del encuentro feliz del conocimiento reflexivo de los años maduros y la curiosidad ferviente de los jóvenes. Yo no tengo ninguna duda acerca de que este libro, El pasado indígena, se ha de convertir en un texto primordial, no sólo para el estudiosos del México antiguo, sino para todo lector interesado en los temas de nuestra historia.